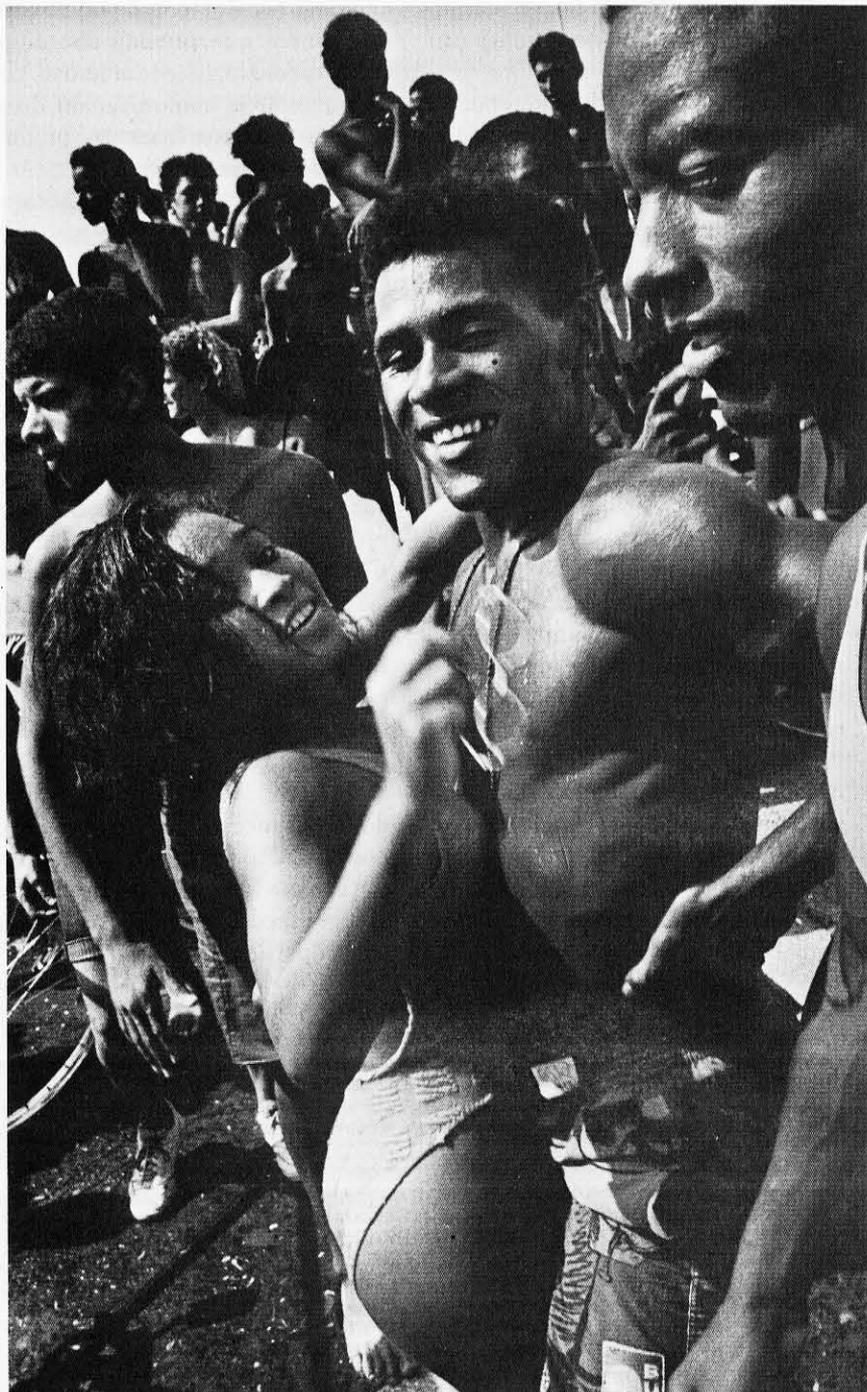


VIRILIDAD

¿CONOCEMOS EL COSTO DE SER HOMBRE?



✍ Dra. Patricia Arés Muzio

Foto: Páolo Título

En la proximidad del siglo XXI mucho se ha hablado y se sigue hablando de la problemática de la mujer en tanto *género*, y por supuesto que han existido razones históricas para ello.

La mujer desde una concepción *genérica* ha sufrido por milenios asignaciones culturales que a la luz de las transformaciones sociales se revelan hoy como verdaderamente opresivas.

Su rol histórico, asociado a la maternidad y al hogar en varias generaciones, limitaron su acceso a la vida pública, mutilaron su derecho a la autorrealización, al desarrollo de proyectos personales, a la inteligencia y al goce de su sexualidad al margen de la maternidad.

La estructura familiar patriarcal estableció una jerarquía rígida con primacía de autoridad y poder para el hombre en tanto sexo fuerte, y de subordinación para la mujer (sexo débil).

Esa realidad histórica, sumado a los cambios que inevitablemente han ocurrido en el rol de la mujer, hizo que se produjeran estallidos sociales que denunciaran las evidentes desigualdades en cuanto a deberes y oportunidades en relación al hombre y la mujer. Estos, por supuesto, favorecidos por una legitimidad cultural del permiso femenino a la expresión abierta de la queja, del dolor, los sentimientos, del ser «*vulnerables*» y «*víctimas*».

Así surgieron los movimientos feministas (que al margen de que, en lo personal discrepemos con muchos de sus planteamientos) tuvieron el gran mérito de sacar a la arena de la discusión pública

y al debate político muchos de los problemas asignados al *género mujer* y sus contenidos opresivos.

Cuba es un exponente que marca un hito en la historia de la defensa de los derechos de la mujer.

La Federación de Mujeres Cubanas (FMC) como organización surgida con la Revolución ha tenido en todos estos años su razón de existir en la preservación de esos derechos y en promover y desarrollar políticas sociales, códigos, preceptos y leyes que beneficien la posición social de la mujer, lo cual no ha caído en el vacío, pues los indicadores sociales de desarrollo de la misma en cuanto a inserción en la vida pública, desarrollo profesional y técnico son verdaderamente impresionantes en comparación al panorama latinoamericano y caribeño.

Hoy el mundo contemporáneo promueve un rechazo a la cultura del MACHISMO, toda actitud de fuerza, de daño, violencia, opresión, hipercontrol, posesión del hombre hacia la mujer inmediatamente son fuertemente estigmatizados como *machistas*.

De ahí que el hombre ha producido un repliegue e inhibición de muchas conductas y actitudes asignadas a la *virilidad* sin tener, por otra parte, referentes de cambio.

En la actualidad existe en el mundo una gran cantidad de organizaciones, no sólo femeninas, que se agrupan para discutir y debatir la problemática de *GÉNERO* y denunciar socialmente desigualdades aún no resueltas.

Son a su vez innumerables los eventos que han tenido como escenario la realidad de la mujer contemporánea.

Incluso, dentro de muchas de estas organizaciones y contextos, las mujeres analizan, debaten y tienen ya ciertas preocupaciones acerca de los problemas del *hombre* a tenor de los cambios sociales, pero

sucedido con el problema de *ser hombre* en la actualidad ^{(1) (2)}.

Un cambio tangible de la mujer de estos tiempos que revolucionó la esfera social y privada fue la incorporación de la mujer al trabajo y el acceso a la vida pública y social. Este cambio marcó una diferencia sustancial entre generaciones de mujeres, y se plantea que es uno de los factores más trascendentales en los cambios de los referentes culturales en cuanto a cómo ser mujer, madre, pareja y familia, lo cual puso al hombre dentro de la vida familiar y social inevitablemente en una posición diferente.

el hombre ha producido un repliegue e inhibición de muchas conductas y actitudes asignadas a la virilidad sin tener, por otra parte, referentes de cambio

La típica familia patriarcal se vio estremecida con la presencia de una mujer solvente económicamente, con una apertura social y cosmovisión diferente, gestando cambios que, por supuesto, han tenido costos individuales y sociales con expresiones concretas en los altos índices de divorcio, uniones consensuales, madres solas, que expresan la conquista de un mayor derecho a la autodeterminación de la mujer, al mismo tiempo que han gravitado sobre la durabilidad de la pareja y estabilidad de la familia.

Sin embargo, el cambio del hombre no ha sido tan tangible. Ha habido cambios, claro está, pero estos han estado más silenciados, han devenido en transformaciones calladas en las actitudes, en la esfera interno-personal.

Muchos hombres han expresado una velada queja que apenas se traduce en una voz débil que reclama: ¿qué va a ser del futuro de los hombres ahora que las mujeres han ganado terreno en la vida

¿Por qué no se escucha a los hombres quejarse, reivindicar algún derecho? ¿Por qué no hay organizaciones masculinas para debatir los problemas y costos del *ser hombre*? ¿Por qué los hombres no acuden con tanta facilidad a solicitar una ayuda especializada?

Éstas no son preguntas sin respuestas. Los hombres tienen razones culturales, históricas y sociales para manifestarse de esta manera.

Nos gusta pensar en la masculinidad como algo natural, inherente al hombre, al igual que se habla del instinto materno como si fuesen cuestiones determinadas

por leyes biológicas.

La virilidad o masculinidad, en tanto *rol asignado*, está determinada por un conjunto de cualidades, sentimientos, actitudes y pautas de comportamiento culturalmente aceptados y legitimados al proceso de ser hombres.

Precisamente, en este proceso, una de las asignaciones más importantes es que los hombres *no se quejan* y también, por decirlo así, desde lo asignado, tampoco tienen mucho de qué quejarse.

Si algún problema los aqueja, la cultura del machismo les sella la boca por la censura del ser fuertes, estoicos, resistentes al dolor, del estar preparados para «*poder con todo*». El hombre debe *callar* sus problemas, además es «*privilegiado*» en relación a la mujer. Entonces, claro está, no hay por qué organizarse, para debatir qué, no hay que pedir ayuda, en fin no hay conciencia del peso cultural al que están sometidos.

Ésta es una de las asignaciones que mantiene silenciados a los hombres, ausentes de las consultas de orientación psicológicas, y lo más terrible, convencidos de que su padecer, sufrimiento y aislamiento existencial son cosas naturales, normales, que hay que vivirlas, pero nunca cuestionarlas, porque ello implicaría cuestionar también su propia identidad de hombre.

En mi trabajo profesional con familias durante años, he podido constatar este proceder masculino. La demanda del problema familiar casi siempre es explicitada a través de la mujer y si logramos atraer al hombre, en la mayoría

¿qué va a ser del futuro de los hombres ahora que las mujeres han ganado terreno en la vida pública y a su vez siguen teniendo el control de la casa?

visto desde la perspectiva también de la mujer. Aún no se observan atisbos de que los hombres se preocupen por su rol de género.

Sólo recientemente hemos consultado alguna literatura científica que analice desde una perspectiva masculina qué ha

pública y a su vez siguen teniendo el control de la casa?

De forma muy oculta, algunos avizoran un cierto peligro y temor a un matriarcado o a la presencia de una «*mujer castrante*» que los expropia de sus milenarios derechos.

Esta queja no es a viva voz... ¿Por qué?

de los casos, no logran hablar de sí mismos, ni expresar ningún sentimiento.

He tenido, desde que comencé a trabajar con familias, preocupación por este tema, acercándome al mismo a través de estudios realizados a familias cubanas y específicamente en los inicios con estudios sobre *disfunción paterna*⁽³⁾

— La llamada crisis de la identidad masculina

— ¿Hacia dónde va el hombre de fin de siglo?

— ¿Qué pudiéramos hacer los psicólogos?

El problema de lo asignado

El concepto de género sexual es modular en esta perspectiva. Designa las caracte-

riel cuerpo aguanta! ¡hay que mantener el autocontrol!

Diversos autores han sistematizado el conjunto de asignaciones al *rol de hombre* o denominadas también normativas genéricas.

Así por ejemplo, Elisabetta Leslie Leonelli, en su libro «Las raíces de la virilidad»⁽⁵⁾, plantea que el hombre se ve sometido desde su infancia a intentar demostrarse ante sí mismo y los demás lo que NO ES, más de lo que verdaderamente ES: «no dependo de nadie», «no soy un fracasado», «no soy un perdedor», «no soy un impotente» y sobre todo «no soy un afeminado».

Ello implica una serie de prohibiciones, que desde lo cultural son impuestas a los hombres. Estas prohibiciones interfieren en la satisfacción de sus necesidades, ponen en peligro a veces su vida, y en ocasiones, la de los demás:

— *No te doblegues al dolor*. La ecuación «cuanto más dolor soporto, más hombre soy» es un mandato del tener que ser fuerte a cualquier precio.

— *No pidas nunca ayuda*. Cuando un hombre llega a solicitar la ayuda de un especialista, es porque sus tensiones ya han llegado a ser insostenibles.

— *No tocar*. No mimar y no permitir que te mimen, ni te toquen es una de las premisas e imposiciones masculinas que limitan la comunicación y la vida emocional. Tocar o hacerse tocar se hace sólo aceptable cuando existe una finalidad precisa, sobre todo en el ámbito de una relación heterosexual que tenga como colofón el coito. Lo importante que las caricias sean un «medio» no un «fin». Tocarse entre dos hombres es una modalidad muy poco conocida (por lo menos en la cultura occidental) como máximo se da un apretón de manos o unas palmadas en la espalda.

— *No te abstengas al alcohol*. Beber y resistir

tiene que «poder con todas», saber qué hacer ante cualquier insinuación femenina, incluso, poder con el placer y satisfacción de la mujer

Luego, he desarrollado varios grupos de reflexión con padres⁽⁴⁾ y de formación a profesionales en los que se ha tratado el tema del *rol del hombre* (utilizando una adecuación del modelo del Centro de Investigación y Formación «Marie Langer»).

A su vez tuve una experiencia grupal en el año 1993 en la Institución de las Fuerzas Armadas donde, durante 5 sesiones realizamos lo que se denomina *grupo de reflexión de varones*.

Esta experiencia me ha permitido un acercamiento a la problemática del *hombre* desde un punto de vista de *rol de género* y sus posibles implicaciones psicológicas.

Mi condición de mujer ha sido una verdadera limitante para trabajar el tema ya que, por lo general y a la luz de los cambios de la mujer contemporánea y de los movimientos feministas y de liberación, el hombre, en tanto identidad de género, se supone agredido y atacado por la mujer.

En general operan con el estereotipo de que una mujer, aunque sea profesional, siempre va a tener una *mirada* desde una perspectiva femenina haciendo, por supuesto, una alianza de género del ser *víctimas*.

Sin embargo, esta resistencia inicial ha logrado ser vencida, a fuerza de intentar desde una mirada científica, aproximarnos al problema del *ser hombre* desde el hombre mismo y no partiendo del *reclamo* de cambio de la mujer.

Para ello creo que es necesario tratar y explicitar algunos temas relacionados con el rol, que me han servido como elementos esenciales de mi trabajo y a partir de los cuales he sacado algunas conclusiones.

Éstas son:

— El problema de lo asignado

— ¿Qué costo ha implicado para los hombres el asumir lo asignado?

— ¿Cuáles están siendo los costos de negar lo asignado?

terísticas, códigos e ideales a ajustarse para reconocerse y ser reconocido como sujeto *mujer* o *varón* y modelar una tipificación más o menos rígida: el *estereotipo*.

Dicho modelamiento responde a necesidades de la sociedad en momentos históricos determinados y refleja relaciones de poder. Sin embargo, sus rasgos son presentados como axiomas incuestionables, que se transforman en valores promovidos a través de mitos (la mujer-madre, el varón-héroe). Se forjan así ideales que son subjetivizados y que conforman el modelo de lo deseado.

Todo este proceso social está invisibilizado, ya que se «*naturalizan*» o se «*esencializan*» cualidades y actitudes como inherentes a la naturaleza y esencia del varón o la mujer.

La normativa genérica presenta a los varones como «*naturalmente*» machistas, narcisistas, omnipotentes, impenetrables, arriesgados, omitiendo que ellos al igual que las mujeres están sometidos al lugar asignado desde un discurso social de características patriarcales.

Dicha normativa promueve que «*ser hombre*» es *saber, poder y tener*, cuanto más, más hombre. Debe ser un héroe, es decir, realizar grandes hazañas, vencer a todos, expresarse con la acción y los genitales, sin emocionarse ni estar afectado por nada, con un cuerpo resistente a todo y con una mujer esperándole, y si no quiere o no

la paternidad distante y periférica priva a los hombres de grandes cuotas de goce, disfrute y pertenencia para con los hijos

puede ceñirse a estos rasgos será débil, fracasado o, *lo peor*, homosexual.

Desde esta comprensión, la habitual reticencia de los hombres a solicitar ayuda terapéutica y a continuar tratamiento, surge como efecto de aquello que el ideal genérico propicia: idebes resolverlo solo!

el alcohol es masculino. La bebida forma parte del ritual en las relaciones entre hombres. La ecuación «*cuanto más bebo, más hombre parezco*» está dentro de las asignaciones culturales.

— *No tengas miedo*. El miedo ha sido etiquetado como una emoción típicamente

femenina. Esta es una de las emociones más inhibidas culturalmente al varón. La expresión abierta del miedo conduce inevitablemente a la etiqueta de flojo, cobarde o afeminado.

— *No debes llorar*. Desde pequeño el llanto es inhibido por ser una expresión de debilidad y vulnerabilidad emocional.

— *Violencia*. Aprende a defenderte. Eso no lo tolera un hombre.

Levant (1992) sistematiza una serie de características y normas tradicionales masculinas que son: trabajador, buen proveedor, fuerte, callado, valiente, que no exprese ternura, ni vulnerabilidad en sus emociones, que evite cualquier cosa que parezca femenina, que llegue a ser un buen solucionador de problemas, que enfatice el valor del pensamiento lógico, que asuma riesgos, que mantenga la calma en momentos de peligro, que sea agresivo y asertivo, que no sea dependiente, que logre una sexualidad separada del afecto.

¿Qué costo ha implicado para los hombres el asumir lo asignado?

Desde la perspectiva de la salud y el bienestar, la situación de los hombres de este fin de siglo presenta un panorama preocupante.

Por un lado, a escala mundial, la mortalidad de los hombres menores de 65 años se ha incrementado, siendo muy alto el fallecimiento por accidentes y por causas relacionadas con el estilo de vida (infartos, violencias, cáncer, sobre todo de pulmón y cirrosis).. La incapacidad por estas causas es muy alta. Gran cantidad de jóvenes varones mueren en accidentes y ellos representan el mayor porcentaje de personas drogo-dependientes. La mayoría de los abusadores sexuales y gran parte de los alcohólicos también son varones.

Los hombres a su vez mueren un promedio de siete años antes que las mujeres. En cuando al suicidio los hombres logran suicidarse en una proporción tres veces superior a la de las mujeres que lo intentan.

Cuando llega a la idea del suicidio se dispone a morir «*como un hombre*» utilizando para la autodestrucción los métodos más letales.

Los niños varones, por otra parte, también sufren accidentes con mayor frecuencia que las niñas.

Estos datos son la expresión de las llamadas «*patologías de la omnipotencia*», las cuales están relacionadas con los modos en que los hombres intentan, desde lo

asignado, resolver habitualmente el malestar al que se enfrentan en su vivir cotidiano: negación, evacuación en el afuera, o intentando resolverlo todo a través de la acción.

Paradójicamente y pese a la importancia de estas situaciones que les incumben, los varones de todas las edades hablan muy poco de ellas por razones que ya hemos comentado.

El tener que asumir lo asignado para los hombres significa un conjunto de expropiaciones que pasan inadvertidas de forma consciente; sin embargo, producen altos costos de salud.

Veamos algunas de ellas y sus implicaciones y riesgos emocionales: Expropiación de la capacidad de aprender a elaborar procesos esenciales de su vida emocional y su sexualidad.

En el proceso de aprender a ser hombre, al niño desde pequeño se le inhibe por las pautas de crianza, la posibilidad de aprender precisamente aquellas cuestiones que son asignadas a su rol.

Se «*supone*» que sea valiente, se «*supone*» que cuando llegue a la adolescencia tenga que saber de sexo, se «*supone*» que aprenda a aguantarlo todo.

Sin embargo si todo se les da «*por*

La expropiación de la capacidad de aprender deja precisamente la emoción negada «*a flor de piel*». Hace de los hombres una especie de «*superman*» con «*pies de barro*» y los condiciona a llevar estoicamente una coraza que disfraza tenuemente toda su inseguridad y su temor natural ante la vida.

Una mujer participante de un grupo, refería: «*si los hombres tuvieran que parir ya la humanidad se hubiera extinguido*». Esta expresión evidencia, precisamente, el hecho de que no pasa inadvertida esta realidad ante un observador común.

En relación a la sexualidad, igualmente el niño y el adolescente quedan expropiados de la posibilidad de expresar un miedo, un temor, una ansiedad o un desconocimiento.

Escuchó siempre decir desde apenas tener pocos años: «*Éste ya tiene novia*» (y quizás aún está en el círculo infantil), o verá a su padre exhibir los genitales de su hijo como tributo del «*machazo*» que será en el futuro.

El hombre tiene que «*poder con todas*», tiene que saber qué hacer ante cualquier insinuación femenina, tiene incluso que poder con el placer y satisfacción de la mujer.

Escuché una frase de una persona que decía: «*no existen mujeres frías, sino*

jugar, entrenar ciertas habilidades típicamente masculinas y poner «mano dura» son las asignaciones básicas al rol de papá

supuesto» no puede aprender a elaborar verdaderamente estos procesos.

Sin la libertad de equivocarse no hay aprendizaje.

El niño, para poder asumir lo asignado, tiene que producir un fuerte mecanismo de negación de la parte prohibida o temida sin poder realmente elaborar un aprendizaje.

Si el niño no puede integrar desde lo que le exigen los adultos los polos opuestos de las ambivalencias en las emociones: amor-odio; valor-temor; y tiene como mecanismo psicológico que disocia estos opuestos, la parte negada queda fuera de control y, ante determinadas situaciones límites puede expresarse de forma desbordada o descontrolada.

Es por ello que los hombres tienen en el fondo verdadero miedo a expresar los sentimientos: el llanto, el temor, porque se sienten esencialmente vulnerables y «*sensibles*».

hombres incapaces», lo que traduce la sobreexigencia al sexo masculino.

Si la sexualidad se le da «*por supuesto*» al hombre, ¿en qué contexto puede aprender? ¿con el padre que desde pequeño le hizo saber que él era el mejor para las mujeres? ¿con los amigos que sólo exhiben sus éxitos por tener también que asumir lo asignado?

La experiencia representa entonces la única fuente de aprendizaje y, nosotros los especialistas sabemos cuánto dolor humano se esconde tras una impotencia o disfunción sexual masculina, lo cual, lamentablemente no es nada infrecuente.

También la sexualidad tiene que sufrir en el niño varón, púber y adolescente, desde lo asignado, fuertes mecanismos de disociación psicológica entre la genitalidad y la vida emocional amorosa.

El varón debe aprender a hacer sexo sin afecto, sin emoción y este aprendizaje tiene un costo emocional que caricaturiza

el acto más íntimo y de entrega del ser humano, que es la relación coital.

Expropiación de los sentimientos

Hay sentimientos legitimados socialmente para los hombres, sobre todo, los relacionados con la agresividad. Sin embargo, sentimientos de ternura, temor, vulnerabilidad, contacto físico tierno y empático, la caricia, el llanto, la expresión abierta de temor e inseguridad desde las pautas de crianza quedan taponeados, omitidos, negados del comportamiento masculino.

El costo emocional de esta expropiación es muy alto. El hombre desarrolla canales alternativos de escape a su emotividad y, lamentablemente, la somatización, la acción, la negación son mecanismos como ya hemos dicho, con altos costos de salud.

Una de las quejas femeninas más oídas en relación a los hombres es su falta de ternura, su incapacidad de comunicación emocional, de reconocer una equivocación, de aceptar una crítica.

Sin embargo, desde la niñez somos todos cómplices en la educación infantil de estos resultados.

Expropiación de la paternidad

Los niños en su desarrollo no pueden entrenar la paternidad.

Jugar con muñecas desde lo cultural es jugar a ser mamá, son juegos típicamente femeninos.

Si el mandato más importante para él como futuro hombre, es saber, poder y tener para ser proveedor, protector, sostenedor de la familia y hombre de éxito, queda por tanto excluida, una paternidad cercana.

Las cargas culturales promueven para el hombre una paternidad representativa (en tanto autoridad, Sostenedor del Hogar) y periférica (a distancia).

La responsabilidad con asuntos de la crianza como alimentar, cuidar, enseñar a valerse por sí mismo y mimar afectivamente, queda en manos de la madre. Jugar, entrenar algunas habilidades típicamente masculinas y poner la «mano dura» son las asignaciones básicas al rol de papá.

Es por ello que, cuando un padre rompe con el estereotipo, asumiendo otras actividades, la gente suele decir: «Es una madre para sus hijos», o por ejemplo una madre que cría sola a su hijo, se autodesigna como *madre y padre* a la vez, un poco al parecer por el hecho de tener que asumir una maternidad adicionándole

como ingrediente la fuerza y el control asignados al rol de padre.

La expropiación de la paternidad cercana priva a los hombres del disfrute de los hijos desde una intimidad tierna y cariñosa; muchas mujeres perciben esto como una ventaja, porque también desde las asignaciones culturales ser madre significa un peso y una carga difícil de llevar.

Los hombres que han aprendido a vivir una paternidad diferente testimonian de que la paternidad distante y periférica los priva de grandes cuotas de goce, disfrute y pertenencia para con los hijos.

Expropiación de su validismo personal

Desde las más tempranas edades al niño varón se le va expropiando su capacidad para valerse por sí mismo en cuanto a procesos básicos, por ejemplo, cómo vestirse, asearse, alimentarse.

El varón como arquetipo sexual aparece como inútil, desvalido, dependiente de la mujer en sus cosas personales.

Los niños varones comienzan a despreocuparse desde temprana edad de su responsabilidad en cuanto a procesos vitales, asumiendo la madre u otra adulta, una protección desmedida que fractura su validismo personal.

Asuntos domésticos como lavar, planchar, cocinar, arreglo estético de la casa, hacer maletas, comprar ropa, quedan totalmente expropiados del ámbito masculino.

Finalmente esto produce dependencias y desvalidez en muchos asuntos de la esfera privada.

Los hombres la viven como comodidad; las mujeres la asumen como inevitable y parte de su inherente carga.

Sin embargo, esta dependencia implica altos costos.

Se paga con cuotas de libertad para decidir qué come, dónde se sienta, qué ropa se pone, dónde están sus objetos personales, además de que inevitablemente tiene que

carenar en otra persona de la cual dependa, y por lo cual se queja y pelea aunque en ello también vayan ganancias.

Esta desvalidez pone al hombre muy inseguro para enfrentar una vida doméstica y privada en soledad.

No queda otro remedio que desde que nace, pasar de brazo en brazo al cuidado de la madre, de la novia, de la esposa, de la hija y a veces de vuelta a la madre en caso de viudez o divorcio.

¿Cuáles están siendo los costos de negar lo asignado?

Hoy día, necesariamente el hombre se ve más expuesto psicológicamente de sufrir un mayor costo emocional al asumir lo asignado como un comportamiento estereotipado. La sociedad actual hace difícil el éxito y la hazaña; considera el machismo como un valor en baja e inhibe el desarrollo de las llamadas características «naturales» de la masculinidad (independencia, competencia, poderío, heroicidad). Esto, junto a las luchas de las mujeres por la igualdad, en terrenos antes considerados masculinos, promueve en los varones confusión y malestar.

Recién, hace pocos años, algunas personas comienzan a estudiar e intentar comprender algunas problemáticas masculinas y la llamada crisis de la identidad masculina, influidos por el feminismo e incorporando las conceptualizaciones sobre los géneros sexuales y la construcción social de la subjetividad.

Desde estos estudios, llamados en los países anglosajones *men's studies*⁽⁷⁾, se han comenzado a abordar con un criterio no sexista problemas tales como paternidad, adición al trabajo, sexualidad, violencia, accidentalidad, enriqueciendo las estrategias preventivas y asistenciales●

En el próximo número trataré la llamada Crisis de Identidad, hacia dónde va el hombre de fin de siglo y que podemos hacer los psicólogos.

Referencias bibliográficas

- 1- PITTMAN, E: *The masculine mystique*. Networker. May/June, 1990
- 2- KAUFMAN, M.: *Hombres, placer, poder y cambio*. Ediciones Populares Feministas. Colección Teoría, 1990
- 3- ARÉS, P.: *Mi familia es así*. Editorial Ciencias Sociales, 1990
- 4- ARÉS, P.: *Propuesta de un diseño teórico-metodológico para la intervención familiar en salud comunitaria*. Artículo incluido en el libro *Hogar, dulce hogar... émito o realidad?* (pendiente de publicación)
- 5- LESLIE LEONE J.J., E.: *Las raíces de la virilidad*. Editorial Noguer, 1987, pág. 84.
- 6- LEVANT, J.: *Men without models*. Networker, 1992
- 7- BONINO, L.: *Grupos de reflexión de varones, Modelos grupales en Psicoterapia: Aspectos técnicos y teóricos*. Edita Sociedad Española para el desarrollo del Grupo, el Psicoanálisis y la Psicoterapia, 1990, pág. 184.
- 8- FERRO, N.: *El instinto maternal o la necesidad de un mito*. Editorial Siglo Veintiuno, España, Editores S.A., 1991, pág. 14
- 9- ARÉS, P.: *Género, pareja y familia. ¿Consejería de una identidad cultural o creación de nuevos valores?*. Artículo incluido en el libro *Hogar, dulce hogar... émito o realidad?* (Pendiente de publicación)
- 10- NICHOLSON, J.: *Hombres y mujeres. ¿Hasta qué punto son diferentes?*. Editorial Ariel, Psicología, 1987, pág. 100
- 11- BONINO, L.: *Grupos de reflexión de varones. Modelos grupales en Psicoterapia: Aspectos técnicos y teóricos*. Edita Sociedad Española para el desarrollo del Grupo, el Psicoanálisis y la Psicoterapia. 1990, pág. 184.
- 12- RIVIERE, P.: *El proceso grupal*. Editorial Paidós, 1977